

Científicos en cabeza, políticos en la cola

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO/ LA VERDAD, martes 13 de junio de 2006

Un muy reciente informe de investigación de la Fundación BBVA, titulado Capital social: confianza, redes y asociacionismo en trece países del mundo, desvela un muy jugoso contenido que merece la pena su máxima difusión social.

Sus conclusiones, sobradamente conocidas como pronto verán, y tras muchos años, siguen tan vigentes como científicamente contrastadas y comparadas entre sociedades tan distintas, que vienen a darnos la razón cuando permitimos que el sentido común se instale en la base del más elemental raciocinio.

Se entiende por capital social la capacidad del individuo de interactuar socialmente. Para entendernos, se diría que alguien posee un elevado capital social cuando en cualquier ambiente o situación «es capaz de moverse como pez en el agua». Si quieren una definición tan formal como absolutamente inútil, pero salida de la mente de sesudos técnicos de alto standing, acudan a la OCED (Organization for Economic Cooperation and Development), donde define el capital social como «las redes, junto con las normas, valores y conocimientos compartidos, que facilitan la cooperación dentro o entre grupos». Del propio concepto se deriva la enorme dificultad de su medición; sin embargo, y a pesar de todo, su uso está muy de moda entre los grandes gabinetes internacionales de selección de personal y de asesoramiento político.

El estudio se ha realizado sobre 1.500 casos de cada uno de los siguientes países: Reino Unido, España, Alemania, Dinamarca, Francia, Italia, Japón, Rusia, Israel, Turquía, Estados Unidos, México y Chile. Para entendernos, una red de las que cita la definición sería, por ejemplo, la formada por familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo. Como indicadores, para poder medir el capital social, tendríamos, por ejemplo, la confianza -y sus grados- en individuos o grupos y la pertenencia a asociaciones (por ejemplo, Cruz Roja, Greenpeace).

En cuanto al segundo, destaca Dinamarca, donde el 91% de la población participa de algún modo (como miembro, como voluntario o donando dinero) en alguna asociación. Estados Unidos también comparte la parte más alta de este mapa de participación (79% de su población se vincula de algún modo a alguna organización). España, como todos adivinábamos, tiene una vida asociativa muy baja.

La confianza proporciona numerosos indicadores, ya sea por grupos próximos (confianza en familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.), por profesiones, por instituciones, etc. Se ha preguntado por la frecuencia con que, en cada país, se producen situaciones de corrupción y soborno de funcionarios municipales, policías o jueces ya para obtener contratos, ya para evitar multas, ya para obtener sentencias favorables, y se observa una importante variabilidad por países. La situación que en todos los países se tiende a reconocer como más frecuente es que un funcionario de un ayuntamiento acepte un soborno a cambio de un contrato o licencia. Esta situación es percibida como «muy frecuente» por la mayoría de los mexicanos y rusos. El 28,7% de los españoles responde que tal situación ocurre «siempre» o «a menudo». Por el contrario, la mayoría de los daneses la considera «excepcional».

Abundando en la confianza, resulta muy esclarecedora la respuesta dada a ¿en qué medida le inspiran hoy confianza los siguientes grupos y profesiones? En una escala de 0 a 10, en la que 0 significa que «no le inspiran ninguna confianza» y 10 que «le inspiran mucha confianza», las calificaciones son: científicos 7,3; médicos 7,1; maestros 6,9; jueces 5,7; comerciantes 5,7; policías 5,6; periodistas 5,5; militares 5,0; empresarios 4,9; funcionarios 4,8; religiosos 4,4; y políticos 3,7.

Mucho se podría comentar al respecto, pero queda el lector libre de sacar sus propias conclusiones. Ahora bien, a la hora de mandar y repartir el pastel, los últimos pasan a ser los primeros. ¿No será esto un contrasentido? ¿No viviremos en un mundo absurdo? O quizás, nos merecemos lo que tenemos.

Ángel Ferrández Izquierdo es catedrático de la Universidad de Murcia.